

***El papel del imperialismo norteamericano***  
**Documento de la Conferencia fundacional de la IV Internacional**  
**3 de septiembre de 1938**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Le rôle mondial de l’imperialisme américain”, en Rodolphe Prager, compilador, *Les congrès de la IV<sup>e</sup> Internationale (manifestes, thèses, résolutions). 1. Naissance de la IV<sup>e</sup> Internationale (1930-1940)*, Éditions La Brèche, París, 1978, páginas 277-285)

Las esferas principales de actividad del imperialismo norteamericano se reparten entre los continentes de Europa, Asia y América Latina, en los cuales sigue una política conforme a sus intereses generales, y adaptada a las condiciones concretas de sus relaciones con las otras potencias.

En América Latina, aunque chocan con el poderoso rival que constituye Inglaterra y, en una menor medida aunque creciente, con Japón y Alemania, Estados Unidos sigue siendo la fuerza imperialista dominante. Estados Unidos entró en escena más tarde que países como España, Portugal, Alemania o Inglaterra, pero a comienzos de siglo ya era capaz de superar a sus rivales. Su rápido desarrollo industrial y financiero, las preocupaciones de las potencias europeas durante la guerra imperialista mundial y su transformación en acreedor mundial durante este período, le ha permitido a Estados Unidos alcanzar la cúspide, estableciendo su hegemonía imperialista sobre la mayoría de los países de América Central, del Sur y del Mar del Caribe (Antillas). Proclamaron sus intenciones de mantener esta hegemonía contra los intentos del imperialismo europeo y japonés. La forma política de esta proclamación es la Doctrina Monroe que, particularmente desde el despliegue de una política abiertamente imperialista a fines del siglo XIX, fue interpretada uniformemente por todas las administraciones de Washington como el derecho del imperialismo norteamericano de dominar a los países de América Latina, como etapa hacia la posición de explotador en exclusiva.

El obstáculo más activo y poderoso para una verdadera independencia de América Latina es el imperialismo norteamericano, cuya masa de miles de millones de dólares está principalmente invertida en el hemisferio oriental. El carácter real del capitalismo “democrático” norteamericano queda claramente al desnudo gracias a las dictaduras tiránicas de los países de América del Sur, cuya suerte está inextricablemente ligada a la suya, y que durarán tanto como él. Los déspotas sedientos de sangre que oprimen a millones de campesinos y obreros de América Latina, los Vargas y los Batista, sólo son en el fondo los instrumentos políticos de los Estados Unidos, “democráticos” e imperialistas. En países como Puerto Rico, el imperialismo norteamericano provoca y suprime brutalmente al movimiento nacionalista, gracias al gobernador Winshin.

Cierto que la burguesía nacional ascendente en numerosos países de América del Sur, esperando una mayor parte del botín, y luchando por una independencia más completa, es decir, por la posición dominante en la explotación de su propio país, trata de utilizar las rivalidades y los conflictos de los imperialistas extranjeros con ese objetivo. Pero su debilidad general y su atrasado aspecto le impiden alcanzar un elevado nivel de desarrollo, no cumpliendo, así, al papel de instrumento de un imperialismo contra otro. No puede encarar una lucha seria contra cualquier dominación imperialista,

y a favor de una verdadera independencia nacional, porque teme desencadenar un movimiento de masas de los trabajadores del país que amenazaría su propia existencia.

El reciente ejemplo de Vargas, que intenta utilizar la rivalidad entre Estados Unidos y Alemania, pero al mismo tiempo, mantiene la más salvaje dictadura sobre las masas populares brasileñas, es un notable ejemplo. A pesar de sus amables pretensiones, el gobierno Roosevelt no ha aportado ninguna modificación a la tradición imperialista de sus predecesores. Ha repetido con énfasis la mentirosa Doctrina Monroe: ha confirmado sus reclamaciones de derechos monopolistas sobre América Latina en las conferencias de Buenos Aires; ha santificado con su aprobación los abominables regímenes de Vargas y de Batista; su reivindicación de una policía marítima más poderosa en el Atlántico, y no solamente en el Pacífico, ofrece la prueba de su celo por desarrollar las fuerzas armadas de Estados Unidos para la defensa de su poder imperialista en la parte Sur del hemisferio. La política del puño de acero en América del Sur de la administración Roosevelt se abriga bajo el guante de las pretensiones demagógicas de amistad y de “democracia”.

La política del “buena vecindad” no es otra cosa que el intento de unificar el hemisferio Sur bajo la hegemonía de Washington, como un bloque sólido que lleve a cerrar la puerta de los dos continentes americanos a todo el resto de potencias imperialistas. Esta política está apoyada materialmente en acuerdos comerciales favorables, que Estados Unidos se esfuerza en firmar con los países de América Latina, con la esperanza de expulsar sistemáticamente a los rivales del mercado. El papel decisivo que cumple el comercio exterior en la vida económica de Estados Unidos le impone esfuerzos cada vez más acentuados para excluir a todos los competidores del mercado sudamericano, combinando la producción barata, la diplomacia, la chicana, y si es necesario, la fuerza.

Esto es particularmente cierto actualmente en lo concerniente a Alemania y Japón. Allí donde el conflicto imperialista fundamental en América Latina (especialmente en países como Méjico o Argentina) siga siendo el de Inglaterra y Estados Unidos se expresa sobre todo económicamente en el terreno de las inversiones de capitales. Sin embargo, en el terreno del comercio exterior los principales rivales inmediatos de Estados Unidos son Alemania, y en creciente medida, Japón. Estando dada su situación mundial respectiva, Estados Unidos e Inglaterra pueden colaborar por el momento expulsando de América Latina a Alemania y Japón, pero con la condición que la colaboración permanezca bajo la dirección de Estados Unidos. En compensación, el imperialismo norteamericano apoya parcialmente al imperialismo inglés en el continente europeo.

Al mismo tiempo, la política del imperialismo norteamericano aumentará necesariamente la resistencia revolucionaria de los pueblos latinoamericanos, a los que explotará redobladamente. Esta resistencia encontrará la reacción más feroz e intentos de suprimirla por parte de Estados Unidos, que se revelará más claramente aún como el gendarme de la explotación imperialista extranjera, y como el apoyo de las dictaduras indígenas. Así, por toda su actitud, Washington-Wall Street ejercerá un creciente papel reaccionario en los países de América Latina. Así, Estados Unidos sigue siendo el amo predominante y agresivo de América del Sur, presto a defender esta posición por las armas contra todo asalto serio de sus rivales imperialistas, o cualquier intento de los pueblos de América Latina de liberarse de la dominación del explotador.

La política norteamericana en Europa difiere de su intervención directa y abierta en América Latina, en diferentes puntos, dictados esencialmente por el hecho que Estados Unidos sólo ha aparecido como un factor decisivo en el viejo mundo en la última etapa, en la última generación. Su intervención ha pasado por tres estadios.

Primero surgió como un agresor brutal, defendiendo los vastos intereses financieros adquiridos por la clase dirigente norteamericana a finales de la guerra, y, gracias a su enorme poderío industrial, financiero y militar, contribuyó a crear las fuerzas decisivas necesarias a los Aliados para destruir y agotar a las potencias centrales, especialmente Alemania. Mientras que Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia eran capaces, de este modo, de imponer el degradante Tratado de Paz de Versalles a Alemania, y de hacer de la Sociedad de Naciones el gendarme que vigilaba sus conquistas, incluyendo las antiguas colonias alemanas y los enormes tributos de reparación exigidos a Alemania, el vencedor real de esta guerra fue Estados Unidos, que se convirtió en el principal centro económico y financiero del mundo, exigiendo un tributo más pesado aún que el de los vencedores de Versalles, bajo la forma de pago de deudas de guerra.

Después, en segundo estadio y con la derrota del proletariado alemán a fines de 1933, Estados Unidos apareció como un “pacificador” de Europa y la principal fuerza contrarrevolucionaria. En su papel de pacificador europeo, vigorizó nuevamente la dominación capitalista en su punto más débil, Alemania, inyectándole los millones de Dawes-Young. Así ayudó al renacimiento de las ilusiones democráticas en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y adelantó la reivindicación de la limitación de armamentos que impedía el pago de las deudas de guerra a Wall Street. El “desarme” europeo (dada la superioridad industrial de América del Norte, que le permite sobrepasar rápidamente los armamentos de cualquier país) sólo era la reivindicación pacifista gracias a la cual el imperialismo norteamericano se esforzaba en reducir el mercado, ya reducido, que seguía estando a disposición de los competidores europeos.

Por fin, en la última etapa de su intervención, el imperialismo norteamericano ha mostrado que no eliminaba ni moderaba los conflictos entre las potencias europeas: por el contrario, sus propias necesidades agravan los conflictos entre las diferentes potencias europeas. Todas ellas se ven arrastradas hacia una nueva guerra mundial, unas para defender la parte de la ración a la que Estados Unidos ha reducido a Europa, otras en su lucha por aumentar sus ingresos a fin de resolver sus contradicciones internas. En apariencia, el ascenso del imperialismo norteamericano en Europa tuvo el efecto de “pacificar” el continente; en los hechos, esto apresura una nueva guerra mundial marcada por la carrera armamentística, la conquista de Etiopía, la guerra civil en España, la invasión japonesa en China. Esta guerra no podrá limitarse a Europa y todos los países importantes de la tierra se verán arrastrados a ella inexorablemente.

Entender la realidad de las relaciones de Estados Unidos con el desarrollo de Europa es suficiente para refutar las pretensiones del imperialismo norteamericano a una misión de defensor de la paz y de la democracia en Europa. Por el contrario, cuanto más aumentan las dificultades, más intenta cargar su fardo sobre las espaldas de las potencias imperialistas europeas, más envejecidas y más débiles: así, conduce más rápidamente a las clases dirigentes del viejo mundo hacia la guerra y el régimen fascista. La presión de la potencia del Nuevo Mundo que ha alcanzado semejante fuerza después de la última guerra mundial está a punto de llevar a Europa hacia el abismo de la barbarie y de la destrucción.

En el pasado, la influencia de Estados Unidos era más o menos “pasiva”; era la política del “aislacionismo”. Ahora se desarrolla en otra dirección que hace prever su intervención activa, directa y decisiva en el próximo período, es decir, el de la próxima guerra mundial. Los cimientos de la potencia norteamericana tienen una envergadura mundial (miles de millones de dólares invertidos en las empresas telefónicas y telegráficas, automovilísticas, construcciones eléctricas y otros trusts, igual que los miles de millones de deudas de guerra y los préstamos de posguerra). En consecuencia, le será imposible a este país mantenerse al margen de la próxima guerra mundial. Todo

lo contrario. No solamente participará como beligerante, sino que es fácil predecir que entrará mucho más rápidamente que en la última guerra mundial.

Estando dada la debilidad, financiera y técnica, del resto de beligerantes, comparada con Estados Unidos, este seguramente ejercerá un papel aún más decisivo que la última vez en la conclusión de la guerra. Si el imperialismo europeo no es derrotado por la revolución proletaria y se establece la paz sobre una base socialista, todo indica que Estados Unidos dictará los términos de la paz imperialista después de aparecer como el vencedor. Su participación determinará el campo de los vencedores, y también la disposición del botín, del que reclamarán una parte leonina.

El rápido establecimiento de su dominación en América Latina le dictó al imperialismo norteamericano su actitud agresiva a favor de las “puertas cerradas” (Doctrina Monroe). Pero en Asia, repartida ya entre Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Rusia, Portugal e Italia, su retraso le dictó una política también imperialista de “puertas abiertas” que ha devenido la forma clásica de la política norteamericano en el Extremo Oriente, en particular en China. Bajo esta forma, el imperialismo norteamericano responde a las pretensiones de sus viejos rivales de explotar para su beneficio los vastos recursos en hombres y materias primas de China. Tras esta consigna “pacífica” se esconde la espada interpuesta entre Japón e Inglaterra, que exige una parte creciente en la explotación de China y de sus habitantes. Como en otras partes, el “pacifismo” norteamericano es en Extremo Oriente el velo púdico de una expansión imperialista agresiva.

La lucha interimperialista por la dominación de China es al mismo tiempo una lucha por el dominio del Pacífico, cuyos dos pretendientes son Japón y Estados Unidos. Estando dadas sus actividades en el continente europeo, el Mediterráneo y Medio Oriente, Inglaterra está muy disminuida en sus intentos de defender sola su posición en el continente asiático. El movimiento panasiático dirigido por Japón está orientado hacia la expulsión de Inglaterra de sus posiciones favorables en China e incluso en India. Allí Inglaterra no puede resistir sola, especialmente en condiciones que hacen difícil la solidaridad de todas las partes del imperio británico en una guerra contra Japón. Inglaterra depende cada vez más, pues, de un apoyo militar tácito o directo de Estados Unidos en el conflicto con Japón.

Sin embargo, el imperialismo norteamericano no está inclinado a intervenir directamente en el Extremo Oriente contra Japón para apoyar exclusiva o principalmente la dominación de Inglaterra en el continente asiático. Por el contrario, el dominio ulterior del Pacífico por parte de Estados Unidos significa una derrota decisiva para Japón, pero también el comienzo del fin de los privilegios y de la dominación inglesa en Oriente. El imperio se da cuenta: una parte creciente de la burguesía australiana mira hacia Estados Unidos más que hacia Inglaterra para la defensa de sus intereses, es decir, para la lucha común contra Japón. Otro ejemplo de la reorientación de algunas partes del imperio: Canadá está cada vez más atraído hacia Nueva York y Washington, y más lejos de Londres.

Mientras que el mayor y el más importante rival del imperialismo norteamericano en Oriente sigue siendo Inglaterra, actualmente su antagonista más inmediato allí es Japón. La cuestión de la guerra entre Japón y Estados Unidos por la dominación del Pacífico y del Extremo Oriente está, pues, a la orden del día. Actualmente, Japón teme una guerra con Estados Unidos porque probablemente lo arrastraría al mismo tiempo a un conflicto con Inglaterra y la URSS; por eso se esfuerza en mantener las fricciones entre Estados Unidos e Inglaterra, al menos en tanto su posición no esté consolidada. Sin embargo, el imperialismo norteamericano recientemente se ha orientado más claramente hacia la guerra contra Japón, cuyos

progresos hacia las posibles zonas de explotación norteamericana en China y hacia sus terrenos de actual explotación en América del Sur amenazan las posiciones norteamericanas en el presente y en el futuro. La preparación de esta guerra es visible en el tono más tajante de la diplomacia norteamericana, en la agitación nacionalista antijaponesa (creciente en la prensa) en las maniobras militares norteamericanas virtualmente dirigidas contra Japón, en las nuevas fortificaciones de las islas Aleutianas y Graum, y, sobre todo, en el pretexto dado por Roosevelt para su presupuesto naval sin precedentes en tiempos de paz, en previsión de la lucha contra Japón.

Así, la amplitud de los problemas del imperialismo norteamericano, el alcance mundial de sus intereses y de los cimientos de su poderío le dictan una política de expansión sin respiro. Es la fuerza principal que empuja al mundo capitalista hacia otra guerra y el freno más sólido sobre el movimiento revolucionario del proletariado mundial y sobre el movimiento de liberación de las colonias y las semicolonias.

Durante toda una época, Estados Unidos mantuvo un equilibrio aproximado entre la agricultura y la industria; sus intereses más allá de las fronteras eran episódicos y bastante insignificantes; siguió una política más o menos aislacionista, favorecida por una situación geográfica única. Esto es el pasado. La crisis de la vida económica norteamericana exige una extensión del comercio exterior y un crecimiento de los miles de millones de dólares ya invertidos en las cuatro esquinas del mundo. Estados Unidos debe explotar más intensivamente que antes los mismos recursos: esto significa la supresión del movimiento proletario revolucionario en el extranjero y de los movimientos nacionalistas revolucionarios por la independencia en sus colonias y sus esferas de influencia. Esto también significa que le hace falta una mayor parte del mercado mundial repartido entre las potencias, por tanto una redistribución del mundo que sólo puede hacerse con una nueva guerra mundial. Por eso la política exterior norteamericana se aparta oficialmente del “aislacionismo” y anuncia una “vigorosa” presión sobre el mundo.

La lucha contra el imperialismo norteamericano es al mismo tiempo, pues, una lucha contra la guerra imperialista que se aproxima y por la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales oprimidos. Es inseparable de la lucha del proletariado norteamericano contra la burguesía dirigente, y no puede separarse de ella. Los trabajadores norteamericanos son aplastados por el capital monopolizador que constituye la base de las conquistas imperialistas del país. La masa de los negros norteamericanos constituye un aliado indispensable en esta lucha: trabajan en la industria y en la agricultura y están ligados de diferentes maneras a los otros grupos de pueblos negros oprimidos por el imperialismo norteamericano en el Caribe y en América Latina.

Hay que hacer una campaña de educación proletaria y de organización entre las masas blancas contra el veneno racista de “superioridad” que le inyecta su clase dominante. Hay que organizar a las masas negras contra sus opresores capitalistas, contra los demagogos pequeñoburgueses en sus propias filas y contra los agentes del imperialismo japonés que tratan de defenderlos, especialmente en el sur, bajo la traidora bandera panasiática.

Uno de los primeros objetivos de la sección de la IV Internacional de Estados Unidos en la lucha contra el imperialismo norteamericano es el apoyo a todos los movimientos revolucionarios verdaderamente progresivos dirigidos contra él en el Pacífico o en América del Sur (Filipinas, Hawái, Samoa, etc.) o contra las dictaduras títeres de Wall Street en esos países. Todo esto mientras preserva su total independencia organizativa y política, reservándose y ejerciendo el derecho a organizar a la clase

obrera en un movimiento separado y a presentar su propio programa independiente contra el de los pequeñoburgueses y los nacionalistas vacilantes y, a menudo, traidores.

En Estados Unidos, los revolucionarios deben alzar a los obreros norteamericanos contra el envío de fuerzas armadas a América Latina y el Pacífico y a favor de la retirada de estas fuerzas que operan como instrumento de la opresión imperialista, contra cualquier otra forma de presión imperialista, diplomática o económica, destinada a violar la independencia nacional de un país o a no permitirle alcanzarla. Los partidos de la IV Internacional están a favor de la independencia inmediata e incondicional de Puerto Rico, de las islas Vírgenes, de Filipinas, de las islas de Hawái, Samoa y las otras colonias directas, dependencias y protectorados del imperialismo norteamericano.

La capitulación de la burguesía nacional de Filipinas ante la dominación norteamericana, al igual que el intento de algunos partidos de la burguesía de América del Norte de utilizar el sentimiento de independencia nacional a favor de sus propios objetivos, muestra que una dirección de clase proletaria en los países coloniales será la única garantía para que la lucha por la verdadera independencia nacional sea llevada adelante con fuerza y hasta el final.

Al mismo tiempo, los miembros de la IV Internacional subrayan que ningún país de América Latina o del Pacífico, que se encuentre ahora bajo algún grado de dominación del imperialismo norteamericano, puede alcanzar su liberación completa si esta se limita a sus propios esfuerzos. Sólo una unión de los pueblos de América Latina, orientada hacia una América socialista vivificada, aliada al proletariado revolucionario de Estados Unidos, será lo bastante fuerte para rechazar con éxito al imperialismo de América del Norte. De la misma manera que los pueblos del viejo mundo sólo pueden resistir con éxito la presión del coloso norteamericano, que los empobrece y los empuja hacia la guerra, estableciendo los Estados Unidos de Europa, bajo la dirección socialista del proletariado, los pueblos del hemisferio oriental no pueden asegurar una plena independencia nacional, posibilidades de desarrollo ilimitado y el fin de la explotación de los tiranos extranjeros e indígenas, más que uniéndose en la Unión de las Repúblicas Socialistas de América.

Las secciones de la IV Internacional de América del Sur deben hacer conocer por todos los medios las luchas de los trabajadores y los movimientos revolucionarios americanos contra el enemigo común. La sección de Estados Unidos debe consagrar más tiempo y energía en propagar la posición y las luchas de los movimientos obreros de América Latina. Cada acción del imperialismo norteamericano debe ser anunciada en la prensa y los mítines y, en casos particulares, la sección de Estados Unidos debe organizar movimientos de protesta de masas.

Además, la sección de Estados Unidos, utilizando la lengua española y la literatura de la IV Internacional, organizará, incluso en una modesta escala para empezar, a las fuerzas revolucionarias entre los millones de explotados de Filipinas, de México, de las Antillas, de América Central y del Sur residentes en Estados Unidos, a fin de ligarlos al movimiento obrero y revolucionario de sus países de origen. Esta tarea debe ser conducida bajo la dirección del Subsecretariado Americano de la IV Internacional, que publicará la literatura necesaria y organizará el trabajo en el mismo sentido.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)